

—Saraí, tus labios son elocuentes, esclama Saphan, mirándola con cierto pasmo de júbilo: pero son demasiado bellos para enseñar otra cosa que el amor. Escúchame, nuestro es el porvenir: algún día, entre los hielos de la vejez, nos acordaremos de estos discursos: pero hoy, si es verdad que tú me amas siempre, si es verdad que ningún otro amor ha venido á desterrarme de tu corazón, querida mía, no pensemos sino en el placer; no pensemos sino en la dicha de vivir, el uno para el otro: y Saphan se acercaba á ella como transportado.

—Dios nos separa, dijo Saraí, apartándole suavemente.

—No, no Saraí, si tú me amas, no te dejaré mas. . . . lo juro.

—; Oh Dios mio! exclamó Saraí, levantando al cielo sus ojos henchidos de llanto, no era bastante, pues, el tener que romper mi corazón solo. . . . ; fuerza es también estrellar el suyo! . . . ; Perdón, mi Dios, ó hacedme mas fuerte!

Y Saraí, escapando de Saphan, huyó desolada para ir á llorar lejos de aquel cuya presencia y cuyas palabras podían ser demasiado poderosas contra sus nuevas resoluciones.

Entretanto volvió el criado.—El ha tomado el camino de la Galilea, dijo á Saraí, y su tránsito queda señalado por prodigios, que esparcen el pasmo y la admiración entre los pueblos.

—Loado sea el Señor, y él te recompense por tu diligencia y por tu celo, dijo Saraí. Pero la palidez se derramó sobre su semblante: sin embargo, fué con Eliezer á encontrar á Saphan, de quien huía desde su última entrevista.

—Saphan, dijo al joven hebreo, antes de renovar penosos debates, vengo á pedirte una gracia, contando que no la denegaréis á mis súplicas. Bajemos los tres juntos á Galilea, hasta encontrar al Salvador.

Saphan pareció sorprendido y no respondió.

—El os ha llamado, Saphan, continuó la joven con valor; y si sus palabras han perdido su poder, pasando por los labios de una infeliz pecadora como yo, su voz que quebranta todos los corazones, no dejará de conmover y de cambiar el vuestro, cuando resuene en vuestros oídos. Partamos pues.

—Saphan parecía estar incierto: dijo, no obstante:

—Consiento en ir, si tú quieres prometerme que no me echarás lejos de tí cuando estaremos de vuelta.

Saraí vaciló, y no dió respuesta, porque temía el efecto de sus palabras. Eliezer fué el que dijo:

Partamos de todos modos, hijos míos; y en la vuelta se hará conforme sea la voluntad de aquel que tiene todos los corazones en su mano.

Pensó Saphan que á lo menos durante el viaje no podría huir de él la bella Samaritana, y consintió en la marcha.

Y decía Saraí dentro de sí misma.

—De aquí en adelante no seré sino de Dios solo: díguese haber piedad de mi flaqueza y enviarme su fuerza!

El día siguiente, al apuntar la aurora, parten los dos acompañados del viejo Eliezer que deseaba oír una vez mas la palabra del Salvador.

Micas conducía el carro tirado por dos robustas pollinas, y siguieron los mismos caminos que había andado el Hombre Dios; y por todas partes, en cada aldea y en cada pueblo encontraban gentes reunidas y que pasmadas conversaban acerca las maravillas que acababan de presenciar con sus propios ojos. Decían:

—Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y cosas nuevas y maravillosas se preparan para nosotros y para nuestros hijos. Esperemos: la luz del mundo se eleva en Israel.

Otros, mas allá decían:

—¿Quién lo creyera? este hombre tan santo, cuyos preceptos son la misma santidad, se ha detenido en conversar con pecadores, y con mujeres, cuya vida no es la mas pura; ¿qué pensar de él?

Y Saraí bajaba su velo sobre su frente, y lloraba, y se decía: ; Oh! si él no hablase á los pecadores, si no hiciera reducir su bondad en las tinieblas del espíritu del culpado, ¿á dónde sería yo hoy? ; yo pobre pecadora, indigna de levantar hasta él los ojos!

Los viajeros continuaban su camino; Eliezer y Saraí, dando gracias á Dios de sus misericordias, y Saphan escuchando á todos y á cada uno en silencio, y sumido en un abismo de reflexiones, cuya profundidad solo hubiera podido sondear el que hizo el corazón del hombre.

A la tercera jornada, llegaron á un pequeño pueblo de la Galilea, que el Salvador había dejado la víspera; la multitud estaba apiñada todavía en las calles y sendas, conmovida, y refiriendo con una admiración mezclada de terror y de amor, sus milagros y su bondad divina. Había curado al hijo de un centurion que estaba para morir. Había también curado la madre de Simon, uno de sus discípulos, y otros muchos enfermos ó estropeados, que se mostraban al pueblo como pruebas vivientes de un poder sobrehumano. Este había sido librado de sus dolencias, aquel de sus pecados. Todos cantaban con regocijo las alabanzas de Dios; los unos por haber recobrado la salud de su cuerpo débil, los otros por haber alcanzado la paz, aquella paz que viene de Dios, y con cuya dulzura no hay cosa que sea comparable.

Preguntaba Sarai á cuantos encontraba, y lo que de ellos oía, llenaba su alma de un iuenso respeto.

—Saphan, dice ella, ¿no sentis un temblor sobre vos? En cuanto á mí, no sé lo que me sucede; pero parece que el aire mismo se conmueve, que la naturaleza entera se halla como entenebrida por la presencia del Señor. Una vez, en los primeros y hermosos días de mi juventud, ví las orillas del mar, y una nave que se alejaba del puerto, dejando un argentado sulco sobre las móviles ondas. Pues bien, pareceme que Jesús ha dejado su suavísimo vestigio en la atmósfera que nos rodea: el aire undula de amor en torno nuestro, y hace vibrar en mi seno todas las cuerdas de mi corazón.

Saphan no respondió, y su semblante se iba poniendo mas sombrío á ese transporte de Sarai, que hacia traslucir siempre los mismos pensamientos.

Eliezer, sentado entre los dos sobre una espesa gavilla de mieses, dijo al jóven:

—Hijo mio, ¿cómo Sarai, tan viva siempre, en todas sus emociones, no sentiria lo que siente, cuando mis huesos ya viejos se han estremeado desde que ví á aquel cuya venida ha transformado la faz del mundo?

Saphan no respondia, y estuvo callado tenazmente por largos días, hasta que de repente exclamó:

—Mas ¿cómo un anciano sabio y experimentado cual vos, puede cegarse hasta el punto de creer, que este hombre oscuro y pobre, salido de padres oscuros y pobres como él, puede ser el Salvador prometido á Israel? ¿No sabéis vos que el Mesías prometido desde un principio á nuestros padres, ha de ser un príncipe fuerte y poderoso? ¿Lo habéis vos olvidado? El domará á los enemigos de su pueblo; los levantará de su abyeccion y de su miseria, romperá los hierros de que la han cargado sus opresores, y hará brillar con nueva gloria á la nacion escogida. ¿En dónde está, pues, la corona, donde está el cetro de este indomable conquistador, dónde están sus guerreros, sus carros, sus corceles, sus ejércitos innumerables? ¿Cuántas batallas ha dado? ¿qué enemigos ha vencido para que nosotros proclamemos así su victoria?

—Verdad es que su poder no es aquel poder que en nuestro orgullo habíamos insensatamente esperado, dijo Eliezer. En mi ceguera, esperaba yo, como vos, un hombre poderoso y fuerte por la espada, y su fuerza no está en la espada. Es clemente, dulce, prescribe la paz como un hermoso precepto, y su sola vista la derrama y la inspira. Sus manos están desarmadas, Saphan, convengo en ello; él es solo y sin dominacion

aparente, y no obstante, á su voz obedecen los vientos, las tempestades, la misma muerte. ¿Qué conquistador ejerció nunca un tal poder, y qué pensais que pueda ser un hombre á quien los vientos y la mar están sujetos?

Saphan se sintió pálido: sin embargo repuso aún con cierta fiereza:

—Aun cuando obrase él todas estas maravillas y muchas otras todavía, ¿qué nos importa á nosotros? ¿y qué alegría y qué goce pueden causarnos todas esas cosas?

—Bien se echa de ver, hijo mio, que la juventud y sus pasiones ardientes y tumultuosas han sofocado en tí los graves pensamientos. Pero si contases como yo noventa inviernos, y hubieses visto desaparecer uno tras otro todos los objetos de tus afeciones; si conocieras bien toda la inconstancia de las cosas de la vida, y su futilidad; si sobre todo vieses abierta delante de tí la tumba que el tiempo te habrá cavado lentamente, ¿ah! ¿hijo mio! ¿hijo mio! cómo bendijeras al que viene á decirte con una autoridad sostenida por innumerables milagros, que vá á comenzar para tí una vida nueva mas allá del sepulcro!

Sarai estrechó á Eliezer contra su seno, y exclamó:

—Ah, padre mio! esta vida nueva que hace vuestra esperanza, porque vuestra alma es pura y vuestra carrera sin tacha, ¿ah! ella hace para mí todo mi temor. ¿Que podré responder al supremo Juez, cuando me preguntará qué hice de tantos días que él me concedió? ¿Cómo he seguido yo aun esta misma ley incompleta, segun la cual será juzgada? Yo he vivido abandonada á todo el impetu de las pasiones que me arrastraban, destrozada por todas las borrascas del corazón, amando, sufriendo y gozando en un mundo de deseos y de afecion que no se referian á él. Cuando me pedirá lo que por él he hecho yo, á quien él habia criado, como todo otro ser humano, para servirle, ¿que le diré? ¡Oh! la vida, esta vida del porvenir me hace temblar.

—Espera, dijo el anciano, el arrepentimiento absuelve. ¿No nos ha dicho el Señor que hay mas alegría en el cielo por la vuelta de un pecador convertido, que por cien justos que perseveraron en la justicia?

Pero Sarai sentia su corazón lleno de agitaciones y de alarmas.

Despues de algunos días de camino, los viajeros, saliendo de una angosta garganta de montañas, por la cual serpenteaban desde la mañana, se hallaron al lado del lago de Genezareth. Detuvieronse, poseidos de una misteriosa admiracion, á la vista de aquellos lugares escogidos de toda la eternidad para ser inundados de la palabra divina.

El día tocaba ya á su declinacion, y los penascos por los cuales acababan de bajar, proyectaban su sombra redondeada sobre la llanura que

se estiendo hasta la orilla. Las ondas tranquilas reflejaban el azul sombrio del cielo, y parecian detener sus murmullos para no turbar la paz deleitosa de aquellos lugares. Todo estaba en apacible calma: todo era silencio, menos los ecos que recibian y repetian los acentos de una voz. . . .; Qué voz! ; Oh! ; bendita sea! . . . Era la voz que anunciaba al mundo la grande, la buena nueva. Sarai la habia reconocido, y toda su sangre se retiró hácia su corazon.

A aquellos acentos que el viento de la tarde traia desde el mar, Saphan, hasta entonces insensible en apariencia á todo cuanto se le decia, se turbó, y procuraba indagar de qué parte venian aquellos sonidos que el aire parecia traer con amor, tan llenos y sonoros llegaban á sus oidos. Divisó entre los peñascos y el lago, una multitud apiñada, y sobre las aguas un barquichuelo inmóvil que sostenia al que así hablaba: y las aguas, meciéndose suavemente, besaban sus plantas; las aves del cielo callaban: el viento detenia su soplo: los juncos floridos de la ribera doblábanse amorosos, y todos los ruidos enmudecian.

Eliezer quiso bajar á la llanura, y aproximarse al lago. Pero la multitud estaba agrupada en demasia, y el carro no pudo pasar mucho mas adelante.

Y la voz, una voz que bendice, que penetra en el fondo del corazon de cada uno, se hacia siempre oír, y las almas estaban irresistiblemente conmovidas como la naturaleza. ; Oh! ; quién no oyó alguna vez elevarse aquella voz en su corazon, y ha podido resistirla? Ella doma á los mas rebeldes.

Saphan ya no hablaba, ya nada veia; solo escuchaba; sí, escuchaba, y su pecho respiraba con fatiga, se sentia oprimido. Viendo que el carro, á pesar de todos los esfuerzos de Micas no podia avanzar mas, saltó de él, y dijo al anciano y á Sarai:

—¡Aguardadme aqui los dos! yo quiero penetrar hasta él y despues volveré.

—¡Vete, vete Saphan! tú ya no volverás. El que logra oír las palabras de Dios y recojerlas en su corazon, éste ya no vuelve, marcha, corre y no retrocede mas.

—¡Vé, vé, ah!, dijo Sarai, y comprenda tu corazon lo que escucharán sus oídos! Y la ferviente neófita continuó en su corazon una ardiente plegaria en pro de aquel á quien amaba.

¡Aliento, Sarai, aliento! tu ruego va á ser atendido.

¡Ay! ; pobres humanos! nosotros podemos ofrecerlo todo, darlo todo, renunciar á todo. Mas cuando es llegado el instante de abandonarlo todo, nuestras fuerzas flaquean, si Dios mismo no sostiene á su débil cria-

tura, porque la gracia es como el fuego del sacrificio, que consume á la vez la ofrenda y el altar.

El carro se acomodó contra la pared del peñasco, bajo la sombra de la montaña, y la voz se hacia siempre oír.

—Padre mio, escuchemos, dijo Sarai; hagamos que sus palabras nutran nuestro espiritu, como el maná que alimentaba en otro tiempo á los israelitas en el Desierto.

—¡Escuchemos, dijo el anciano, y puedan sus lecciones divinas germinar en nosotros hasta en la vida eterna!

Y desplegó sucesivamente á los ojos de su pensamiento las mas sublimes verdades sobre el hombre, y sobre su pecado, y sobre sus elevados destinos, sobre su rescate, y sobre el precio con que seria pagado, y sobre la necesidad y las grandezas del sacrificio. Su alma entendia lo que su flaca inteligencia podia comprender, pues el decir que el alma entiende es lo mas bello que puede decirse de la fé, por cuanto ésta se halla en la base de la inteligencia humana. Y toda alma bien dispuesta y que quiere conocer, entiende con facilidad lo que no alcanza á penetrar la inteligencia humana cuando se presenta proveniente con el aparato de su razon orgullosa.

Y los dos decian:

—¿Qué hicimos nosotros para merecer el haber nacido en este tiempo y oír estas palabras divinas, nosotros, los prevaricadores de la ley de Dios?

Y la voz decia:

“Yo he venido para los pecadores y no para aquellos que no tienen necesidad de penitencia. Venido he para salvar á judios y á gentiles.”

Y cada uno de sus pensamientos recibia así su respuesta, como si el Salvador no hubiese hablado sino con ellos, y su alma se alimentaba y se engrandecia. Y permanecian en una muda admiracion y adoracion, loando y bendiciendo al Eterno con un inmenso amor y con un infinito reconocimiento.

Y los cielos y todas las criaturas, elevando sus voces que hablan cuando todo calla, decian en medio de un arrobamiento divino:

¡Gloria á Dios!

¡Gloria á Dios sobre la tierra, y en lo mas alto de los cielos!

Entretanto el sol largo rato habia desaparecido, ya hundido detrás de las montañas. La voz de Cristo habia cesado de hacerse oír: la multitud feliz se habia dispersado, llevando consigo las palabras de salud que debian esparramarse por todo el universo. Saphan no parecia. ¿Qué se ha-

bra hecho de él? Las horas pasan; la noche avanza, y no le trae á los que le aguardan!

¡Oh Saphan! ¡Saphan!

El jóven hebreo ha quedado solo en la orilla, sentado sobre una piedra que cayó de los peñascos vecinos. La luna se ha levantado, é ilumina su frente inquieta. El agua del lago, poco ha tan apacible, empieza á agitarse, y viene á bañar sus piés con sordos gemidos. La cima de los árboles de la ribera se dobla al impulso de un viento borrascoso. Però ni el ruido del viento en el folloge, ni el de las olas, ni el sordo mujido de las aguas que se encrespan á lo lejos, no, nada llega á sus oídos.

Su alma no está ya en él, sino que toda entera se halla en aquel á quien acaba de oír. Las palabras que resuenan siempre en su interior, alzan y calman á su vez todas las tormentas de su corazón.

Así había transcurrido ya la mitad de la noche. La tempestad arreciaba: Eliezer y Sarai, inquietos por su larga ausencia, bajaron de su carro, y se aventuraron á ir en su busca, divagando largo rato sin encontrarle. Al fin le descubren, con la cabeza oculta entre sus manos, y perdido en un tal abismo de ideas y de sentimientos tumultuosos, que varias veces le llamaron, sin poder lograr que los oyera.

Cuando por fin los vio cerca de sí, levantóse, vino á ellos, y arrojando se á sus piés, exclamó:

—¡Perdon Sarai! . . . perdóname el haber arrastrado tu juventud hasta el abismo en que los dos hemos caído. Perdona aun mas el haberte resistido miserablemente, cuando venias tú á llamarme á las altas verdades que demasiado tarde he conocido. Tu alma mas tierna y mejor que la mia, ha mas presto comprendido los misterios de amor y de mansedumbre admirables que contienen las doctrinas del Salvador. Bendita seas tú, Sarai, tú, á quien no me atrevo ya mas á nombrar mi amada; bendita seas tú por haber venido á llamarme y á conducirme á la luz: ¡siempre vivirá tu recuerdo en mi corazón! porque tú eres el ángel de mi salud. Tú me has guiado, á pesar mio, hácia el principio y fin de toda criatura. ¡Bendita seas! ¡Adios Sarai! Un dia volveremos á vernos en las moradas eternas; pero hoy te dejo para colocarme bajo la autoridad de aquel que me llama. El dice que se deje todo para seguirle, continuó el jóven, viendo el pasmo y quizá la tristeza asomar en las facciones de Sarai, y yo lo dejaré todo, y le diré: Aquí me teneis: he pecado contra vos. No soy ya digno de ser llamado hijo vuestro: tratadme empero, como al último de vuestros siervos.

—Y el Señor te bendecirá, dijo Eliezer, bendiciendo él tambien con sus trémulas manos la cabeza del jóven hebreo, y su corazón de padre se re-

gocijará, "porque su Hijo murió y ha resucitado, estaba perdido y se le ha encontrado."

Sarai lloraba con dos llantos: en ella se mezclaban la tristeza y el gozo, pero el gozo era elevado y superaba al dolor.

—Bendito seas, Dios mio, decia: aquel á quien habeis llamado, os ha respondido: él viene á vos lleno de júbilo y de consolacion. Però él parte: él me deja, repetia sollozando. ¡Oh mi Dios! yo lo quise, porque vos lo quiriáis. Però sostenedme, para que despues de haberlo dejado todo, no quiera recobrarlo todo. Saphan, añadió Sarai por un resto de flaqueza no vencida aún, cuándo volverás á ver á tu padre, á tu madre. . . . á tu prometida esposa. . . . no olvides. . . .

—Yo no veré ni á mi padre, ni á mi madre, ni á mi esposa, dijo Saphan. El Salvador dice que todo se ha de dejar para seguirle. Sarai, dejádotte á ti, lo dejaré todo. . . . ¿No eras tú para mi mas que todo? . . .

Sarai, juntando las manos, prorumpió en un transporte involuntario:

—¡Oh Dios poderoso! ¿conque vos me habeis perdonado? Vos habeis tenido compasion de mi debilidad; ¡gracias sin fin os sean dadas! En vuestra misericordia vos me habeis aun ahorrado mi pena! pues solo á vos le cederia yo! ¡á vos solo! ¡Adios, Saphan, amado de mi alma! adios! . . .

Y los dos se separaron señalándose el cielo, único que dá la fuerza para dejarlo todo acá en la tierra, para volver á encontrarlo en él.

Y los ecos de las soledades, conmovidas aún por el divino hosana, repitieron por mil voces armoniosas:

¡Gloria á Dios!

¡Gloria á Dios sobre la tierra y en lo mas alto de los cielos!

